

caso y la vigilancia paterna y los auxilios de la religión, podrán servir de escudo á los jóvenes contra los ataques de la falsa ciencia y defenderlos de las seducciones del error y del vicio.

¡Oh, si el magisterio estuviese adornado de aquellas virtudes antes enumeradas, realizaría el bello ideal de su misión! Asociado á la paternidad y apoyado por la religión, representaría la triple fuerza del padre de familia, el sacerdote y el maestro, es decir, de la naturaleza, la religión y la sociedad adunadas para impulsar al hombre á su verdadero destino, la felicidad, por medio de la educación.

### TERCERA SERIE.

#### Soberanía social de Jesucristo.

##### PRIMERA CONFERENCIA.

#### Fundamentos de la soberanía social de Jesucristo.

Dominum Deum tuum adorabis . . .

Matth. 4, 10.

1. Demasiado claras y terminantes son las enseñanzas de la Iglesia, emitidas por la boca de sus Pastores, para no mirar con el horror que se merece esa peste perniciosísima del liberalismo—*liberalismi pestis perniciosissima*<sup>1</sup>. Por mucho tiempo ha podido ocultar ó disimular su veneno esa funesta doctrina, afectando no atacar punto ninguno del dogma ó de la moral cristiana, antes bien propugnando principios justos de derecho natural en bien de la humana sociedad. En los países católicos como el nuestro, en que no le era conveniente ni posible ofender las santas

<sup>1</sup> Pío IX, apud *Sardá*, El Liberalismo.

creencias arraigadas hondamente en el corazón del pueblo, ha tenido que disfrazarse con la máscara de doctrina y sistema de gobierno meramente político, inculcando siempre con sumo ahinco que la religión y sus ministros no tenían nada que ver con la política ó las instituciones del país. Así han conseguido llevar adelante sus trabajos de zapa contra los cimientos mismos de la fe, con profunda perversión de ideas y costumbres. La Iglesia, por su parte, guiada como siempre por razones de prudencia maternal, había guardado con los secuaces del liberalismo una conducta llena de bondad y miramientos. Sin duda para no darles la menor sombra de pretexto para alejarse de las prácticas de la religión, aunque condenando siempre sin ambages la doctrina, parecía no querer lastimar el amor propio de los doctrinarios. Indudablemente había entre éstos un gran número de ilusos que seguían más bien que las doctrinas, que casi ignoraban por completo, las tradiciones de familia ó de regionalidad, afiliados como por la fatalidad á un partido político que los arrastraba con esperanzas de mejores días para ellos mismos y para la patria. Hoy las cosas han tomado nuevo aspecto. La luz se ha ido haciendo poco á poco en los espíritus, tanto por la que arrojan los hechos públicos, como por las francas declaraciones de los mismos prohombres de la secta liberal. La voz de los doctores de la Iglesia se ha hecho oír también más clara y más explícita señalando á los fieles los errores que deben huir y condenar, y desenmascarando un sistema político-religioso que oculta gravísimos peligros para las almas debajo de promesas lisonjeras y especiosos argumentos. Tiempo es ya de abordar esta delicada materia en la cátedra sagrada, aunque con toda la prudencia y caridad que requiere el celo verdadero de la salvación de las almas de hermanos extraviados. Tal es nuestro propósito, aprovechando la santa avidez de instrucción religiosa con que acuden al templo los fieles

en este tiempo de Cuaresma. Dénos el Señor su gracia para hacerlo con acierto, siguiendo las huellas luminosas de nuestros sapientísimos Prelados.

2. Son muchos, por no decir la mayor parte de los que se llaman ó se creen adeptos del liberalismo, los que ignoran en qué consiste la malicia radical de esta doctrina, cuya condenación por la Iglesia se les hace tan dura de aceptar. ¿Pues qué? se dicen, ¿es cuestión religiosa un sistema de gobierno favorable á la libertad de los ciudadanos, opuesto á la tiranía y á la servidumbre? ¿en qué ataca esa teoría á los dogmas de la Iglesia? ¿no somos nosotros tan católicos como los que más, tan creyentes, tan religiosos como todos los hijos de Colombia? Así hablan, así discurren, carísimos hermanos, los que no ven más que la corteza de las cosas, como suele ser el vulgo, los que no han tenido ocasión ni medios para imponerse del fondo de una doctrina que tiene sus raíces en las ciencias filosóficas, sociales y políticas falseadas por el racionalismo. ¿Qué sorpresa no causaría á muchos liberales de buena fe si se les demostrase que el liberalismo, que ellos creen tan inocente, trata nada menos que de echar por tierra el reinado social de Jesucristo, estableciendo, como canon primordial, el principio de la separación de la Iglesia y el Estado? Á buen seguro que no sólo quedarían sorprendidos, sino justamente indignados de tan osada como sacrílega pretensión, abominando de doctrina tan contraria á la religión que profesan. Porque es claro que antes que liberales quieren sinceramente ser católicos. Pues bien, no es la Iglesia solamente quien acusa al liberalismo de ese crimen de lesa majestad divina; son los mismos maestros de la escuela los que pública y solemnemente lo han declarado á todos sus partidarios en documento auténtico, haciendo saber á todos que su ideal, en materia de relaciones de la sociedad con la Iglesia, es la separación, no la unión, ó sea, la conocida fórmula: «La Iglesia libre en el Estado

libre». Y esto ¿no equivale á renegar de la soberanía de Jesucristo sobre la sociedad? ¿no es tanto como protestar, aunque en términos más suaves: *Nolumus hunc regnare super nos*<sup>1</sup>—«No queremos que Él reine sobre nosotros»? Defendamos, pues, como soldados que somos de Jesucristo, los derechos de su soberanía universal, para deducir de allí lógicamente la necesidad que tiene la sociedad, ó el Estado que la representa, de unirse con la Iglesia, de donde resultará condenada, como se merece, en el tribunal de la doctrina cristiana la falsa é impía doctrina del liberalismo. «Al Señor Dios tuyo adorarás y á Él solo servirás»<sup>2</sup>, es la gran ley intimada al mismo Lucifer, y esa ley obliga al hombre, no sólo como individuo, sino como sociedad. Examinemos hoy los fundamentos de esa soberanía, primero, en la persona de nuestro Señor Jesucristo, y segundo, en la naturaleza misma de la sociedad.

#### I.

3. Para un verdadero cristiano, para quien cree en nuestro Señor Jesucristo, la cosa no puede ser más clara, ni más evidente la tesis de su soberanía. Siendo Dios verdadero ¿cómo no ha de ser Rey y Rey de todas las criaturas, Rey absoluto sin limitación de ninguna clase, como Dueño y Señor de cuanto existe? ¿cómo ha de ponerse en tela de juicio su derecho, superior á todo derecho, de reinar sobre el hombre y la sociedad de los hombres? Increíble parece, hermanos carísimos, que haya necesidad de demostrar á los católicos la llamada soberanía social de Jesucristo, cuyo fundamento es artículo primordial de sus creencias. Sin embargo, tal es en nuestros días la confusión de las ideas, tal la astucia del sofisma liberal, que se hace necesario esclarecer estos puntos, de suyo tan claros y evidentes. ¿Qué verdades, por evidentes que fuesen, no

<sup>1</sup> Luc. 19, 14.

<sup>2</sup> Matth. 4, 10.

ha impugnado el racionalismo? ¿qué absurdos no ha tratado de sostener y propalar? Y como desgraciadamente los mismos católicos no dejan, á pesar de su sinceridad, de participar de este espíritu que todo lo invade y emponzoña, no es fuera de propósito apoyar nuestras convicciones sobre el reino de Jesucristo y sus prerrogativas, con la autoridad de las sagradas Letras, así del antiguo como del nuevo Testamento. El reino de Jesucristo no es otro que el mesiánico ó propio del Mesías prometido en la antigua Ley y en cien pasajes de los profetas. Son tantos los testimonios de la existencia de este reino que toda la dificultad consiste en escoger los más brillantes. Tal es, á no dudarlo, la magnífica profecía de Daniel contenida en la exposición que hizo del sueño misterioso de Nabucodonosor y en la interpretación del mismo, revelada al Profeta por Dios<sup>1</sup>. Allí aparece un reino que ha de poner término á los más famosos imperios de la antigüedad, quebrantándolos como á pies de barro de la colosal estatua con la fuerza incontrastable del poder divino. Allí aparece con sus verdaderos caracteres el reino del Mesías, esto es, con su espiritualidad, universalidad y perpetuidad ó duración hasta el fin de los siglos, que tales son las condiciones del gran reino de Jesucristo sobre la tierra, según Él mismo lo declaró expresamente en el Evangelio. ¿Quién no ve en ese vaticinio los cuatro grandes imperios, babilónico, persa, griego y romano, obras gigantescas del poder de los hombres, engendros del orgullo y enemigos del reino de Dios, destruídos todos por el quinto imperio, levantado por Dios mismo por medios enteramente distintos de los que suele emplear la industria humana, y con fines de orden puramente espiritual y sin nada de terrenal y mundano, para establecer sobre la tierra el reinado de la paz universal y la justicia sobre la base del conocimiento de Dios

<sup>1</sup> Dan. 2, 31—45.

extendido á todos los pueblos y duradero por todos los siglos? ¿Quién no ve claramente trazado en este cuadro el reino de Aquel de quien dijo el ángel: *Et regni ejus non erit finis*<sup>2</sup>? Así lo reconocieron los mismos judíos, á pesar de haber desfigurado el verdadero carácter del Rey Mesías forjándolo en el molde de los grandes conquistadores y monarcas de la tierra. Así deben reconocerlo los que respetan la autoridad de las profecías contenidas en los Libros sagrados, no pudiendo negar su autenticidad ni tampoco su cumplimiento, que salta á la vista con sólo la existencia de la Iglesia católica. He aquí, pues, á Jesucristo, reinando con un poder y una gloria que eclipsa la de los Daríos, Alejandro y Césares, que en otro tiempo vieron á la humanidad prosternada ante sus tronos. ¡Prostérnese hoy la humanidad entera á los pies del Rey de reyes y Señor de señores!<sup>3</sup> Tal es la voluntad del Altísimo, como lo atestiguan David, el inspirado salmista, Isaías y todos los profetas.

4. «En los salmos», dice un distinguido escriturista<sup>3</sup>, «aparecen descripciones espléndidas de la persona del Mesías y de su imperio, en las cuales se hace resaltar todo el conjunto de las principales propiedades del reino mesiánico.» Véase el contenido del salmo segundo, uno de los que con mayor sublimidad nos pintan la majestuosa figura de nuestro gran Rey: «¿Por qué se han conmovido las naciones, y los pueblos han maquinado vanidades? He aquí á los pueblos, con sus reyes al frente, intentando rebelarse contra Jehová y contra su Ungido y Lugarteniente, cuyo reino es el de Dios mismo. Hagamos pedazos, dicen, las cadenas de ellos y arrojemos de nosotros su yugo. Pero el que habita en los cielos se reirá de ellos, se mofará de su locura y lanzará sobre los conjurados miradas de furor

<sup>1</sup> Luc. 1, 33.      <sup>2</sup> Apoc. 19, 16.

<sup>3</sup> P. Murillo S. J., Jesucristo.

CÁCERES, El Pulpito americano. IV.

que los desconcertarán. El Ungido, constituido Rey por Jehová, para enseñar la ley á las naciones, y elevado á la dignidad de Hijo del mismo Jehová, recibe de Éste poder y dominio sobre los pueblos todos de la tierra, y los gobernará con cetro de hierro, y como vasos de alfarero los quebrantará. Ante esta resolución de Jehová, reyes y pueblos deben someterse de grado para no ser castigados con rigor el día de la ira del Señor. Dichosos entonces los que puedan poner su confianza en Jehová por haber admitido á su Cristo.» ¡Qué grandiosidad de cuadro! No lo tiene igual ninguna literatura humana. ¡Cómo aparece la figura del Ungido, de un hombre elevado á la dignidad de Hijo de Dios, porque Dios mismo le ha engendrado: *Ego hodie genui te*, y por este título, á la dominación universal. Y ¡qué pequeños é insensatos aparecen sus enemigos! ¡Cómo serán reducidos á polvo si se obstinan en desconocerle! ¡Felices los que le reconocieren!

Dejando á un lado, por la brevedad del discurso, otros testimonios no menos brillantes y auténticos de la soberanía universal del Verbo encarnado, como aquel del salmo 71: «Dominará de mar á mar, desde el río hasta los confines de la tierra. Los reyes de Tarsis y de las islas le ofrecerán tributo. . . . Todos los reyes de la tierra le adorarán, todas las naciones le servirán, sus enemigos besarán el polvo de sus pies». . . . ¿cómo prescindir de los vaticinios del profeta mesiánico por excelencia, de Isaías, que en su libro desarrolla plenísimamente los cuadros que los salmos proponen, presentando al Mesías como Rey y Libertador que ha de poner término á la opresión de su pueblo<sup>1</sup>. Recuerdese siquiera aquel célebre pasaje del capítulo noveno en que describe el advenimiento del gran Rey: *Puer natus est nobis, et Filius datus est nobis*—«Un Pequeñuelo nos ha nacido, se nos ha dado un Hijo en cuyos hombros

<sup>1</sup> P. Murillo, op. cit.

descansa el principado; su nombre es el Admirable, Consejero, Dios, el Fuerte, Padre del siglo venidero, Príncipe de la paz. Su imperio será dilatadísimo, y en él reinará paz profundísima, sentaráse sobre el solio de David y sobre su reino para confirmarlo en juicio y en justicia desde ahora para siempre.» En vano pugnarán los judíos y los racionalistas para torcer en otro sentido la interpretación así de este pasaje como de los otros de los salmos: los argumentos de la incredulidad han sido victoriosamente refutados por la verdadera ciencia católica de los siglos pasados y de nuestros días.

5. Y ¿qué dice, hermanos carísimos, el nuevo Testamento? Oigamos á un distinguido exegeta contemporáneo: «San Mateo, en todo el discurso de su Evangelio, tiene buen cuidado de presentar á Jesús como adornado de la dignidad real. Ya al principio, en la historia de la infancia, le propone como el Rey prometido por Dios, ansiado por el pueblo y aun reconocido como tal por naciones remotas. ¿'Dónde está', preguntan los Magos al entrar en Jerusalén, 'el que es nacido Rey de los judíos'? Y los sabios todos de la Sinagoga responden que ese Rey ha de nacer en Belén, reconociendo así en el Mesías la prerrogativa regia.» Cuando introduce á Jesús en la vida pública, propone al Bautista anunciando la proximidad del *reino* de los cielos y con idénticas palabras hace comenzar su predicación al Salvador. Jesucristo mismo se llama Rey en muchos pasajes del Evangelio, y á la sociedad por él fundada la llama reino: 'Yo soy efectivamente Rey', dice respondiendo á Pilatos<sup>1</sup>. 'Y será predicado este Evangelio del reino por todo el mundo'. . . .<sup>2</sup> 'Desde los tiempos de Juan Bautista el reino de los cielos sufre violencia, y los que la hacen lo arrebatan',<sup>3</sup> es decir desde los tiempos del Bautista comienza el reino de los cielos, á cuya formación

<sup>1</sup> Io. 18, 37.

<sup>2</sup> Matth. 24, 14.

<sup>3</sup> Ibid. 11, 12.